

Desarrollo participativo y la apropiación de la agencia: Una exploración sociológica

■ Salvador Orlando Alfaro
Departamento de Sociología y Estudios Sociales
Universidad de Regina (Canadá)

La comprensión del desarrollo como discurso, el cual como el *orientalismo* funciona como un dispositivo ideológico, ha sido fundamental en el progreso que ha experimentado la narrativa del desarrollo (Long y Long 1992). Esto ha contribuido a centrar el análisis en el vínculo que existe entre las diferentes formas de conocimiento y la manera en que se enfrentan en la implementación de los proyectos de desarrollo, lo que su vez ha estimulado una evaluación más rigurosa sobre las diferentes percepciones y elaboraciones acerca del denominado “conocimiento local”. Asimismo, estos enfoques alternativos han contribuido a profundizar la discusión —principalmente en la teoría sociológica— de la compleja relación entre agencia y estructura, entre discurso y movimiento. Este artículo intenta explorar críticamente las construcciones discursivas (ideológicas) acerca de la noción de “desarrollo”, las cuales en los últimos años se han constituido en la base sobre la cual son impulsados los programas contra la reducción de la pobreza en innumerables comunidades rurales del Tercer Mundo.

I

Como punto de partida, se puede afirmar que las metas de este tipo de programas descansan en ciertos presupuestos acerca de lo qué es “desarrollo” y en la formulación programática de las necesidades y los deseos de una categoría social especial, los pobres, como los beneficiarios de dichos programas. Desde la perspectiva de estos programas, “desarrollo” comprende una amplia gama de

metas cualitativas, las cuales contemplan: fortalecer la participación popular, profundizar la democracia local, mejorar las condiciones de salud y bienestar social y la consolidación del compromiso de la comunidad a desarrollarse. Sus objetivos centrales de “crecimiento con equidad” y “mejorar las condiciones generales de las comunidades rurales” tienen que ser logrados vía la ejecución de intervenciones específicas a través de una variedad de sectores, utilizando una combinación de esquemas de gestión de arriba hacia abajo y de enfoques participativos. Estos objetivos, y los supuestos que los definen, se centran en un concepto de “desarrollo participativo” que se constituye en medio y en fin de las intervenciones del desarrollo. En la actualidad, este tipo de intervenciones no se reducen a un programa o a una institución en particular. Por el contrario, el discurso del desarrollo participativo ha venido a constituirse, desde la década pasada, en la nueva ortodoxia de los círculos del desarrollo: desde las ONG hasta el Banco Mundial (Edwards y Hume 1996).

Si bien, como parece obvio, un compromiso de participación simplemente trae consigo el asegurar algún grado de participación de los beneficiarios involucrados en la planificación e implementación del proyecto, el concepto de desarrollo participativo con frecuencia no iría tan lejos. La mayor parte de la literatura sobre desarrollo participativo, y de la clase de programas que legitima, descansa en una construcción filosófica muy particular acerca de la participación como la iniciativa que lleva al *empoderamiento* (*empowerment*) de las comunidades pobres como partícipes en el proceso de desarrollo. De acuerdo a esta construcción la relación causal entre participación y *empoderamiento*, en última instancia depende del establecimiento de una relación espúrea entre conocimiento y agencia, en la cual agentes individuales son “embestidos de poder” a nivel de la conciencia, en un espacio divorciado de la verdadera acción social y política. Tales enfoques priorizan la participación con respecto a la producción del conocimiento en lugar de impactar directamente en la gestión de programas y, al hacerlo, se conceptualiza a las comunidades seleccionadas para las intervenciones del desarrollo como agentes pasivos que se encuentran esperando la intervención emancipatoria de las organizaciones de desarrollo. A pesar de la afirmación de la retórica del *empoderamiento*, las comunidades pobres carentes de la capacidad de llevar a cabo la transformación social por ellas mismas, solamente pueden participar en el desarrollo por medio de la agencia que proporcionan las estructuras institucionales que promueven la participación

Con base en la premisa de los supuestos logros obtenidos por el “desarrollo” a través de la participación de las comunidades, principalmente en el contexto de los programas implementados localmente, la nueva ortodoxia del desarrollo contribuye a la perpetuación de los problemas críticos que busca resolver, al no tomar en cuenta las amplias restricciones económicas e institucionales —del capitalismo de la periferia— que aseguran el continuo empobrecimiento de las comunidades rurales de África, Asia y América Latina (Arce et al. 1994).

II

Desde mediados de los ochenta, la noción de “participación” se ha convertido virtualmente en sinónimo de “desarrollo” en el discurso de las organizaciones que promueven el desarrollo y en el de sus portavoces y especialistas. Incluso, organismos bilaterales y multilaterales de inspiración conservadora rutinariamente invocan el concepto como un requerimiento básico que debe incorporarse en los esquemas de los proyectos y en los procedimientos de evaluación (Narayan y Srinivasan 1994). Ahora bien, lo que “participación” realmente implica difiere en gran medida entre diferentes agencias e instituciones (Rahnema 1992). Para algunos, “participación” simplemente incluye un involucramiento de los beneficiarios en el proceso de planificación e implementación, a menudo a través de procedimientos de consulta selectivos y limitados. Para otros, alineados con lo que Booth ha denominado el “punto de vista de la ONG” (1994: 24), participación se ha convertido en un imperativo moral, el cual, como precondition para el *empoderamiento*, facilita el mismo desarrollo (Edwards 1994: 282). Esta noción de empoderamiento, parece, a primera vista, relativamente no problemática. Los pobres, alejados de los centros de tomas de decisiones dominados por las elites con sus intereses particulares, deben ser *empoderados* para participar en las decisiones que los afectan. Esto puede lograrse por medio de la participación en las estructuras de control en las organizaciones locales y de las instituciones políticas a todos los niveles. Sin embargo, el *empoderamiento*, desde esta perspectiva, no necesariamente supone la participación en movimientos políticos que persigan cambios radicales en la estructura social, ni tampoco en una militancia activa en organizaciones políticas progresistas¹. En el mismo sentido, esto puede ocurrir también en un contexto local, entre “los pobres”, a través de la formación de su conciencia crítica vía técnicas participativas de generación y reflexión de conocimiento. El “desarrollo” no es, desde luego, un simple proceso de cambio directo que lleva a cierta clase de transformaciones económicas y sociales, sino que depende del logro de una serie de transformaciones morales en la conciencia de la gente que participa, como agente de cambio en el proceso de desarrollo². Consecuentemente, la tarea correcta de las organizaciones del desarrollo y de su personal es facilitar las transformaciones necesarias en la conciencia, lo cual implica *empoderar* a los pobres como actores sociales de manera que puedan gestionar y lograr el cambio en sus condiciones de vida.

Las metodologías participativas son actualmente utilizadas en una cantidad diversa de proyectos y programas por ONGs, agencias internacionales y organizaciones multilaterales. Los resultados han sido mixtos, pero generalmente apoyan la noción que la participación con relación a las estructuras de involucramiento de los beneficiarios puede contribuir la efectividad de los proyectos. Los programas participativos parecen ofrecer un lugar para los beneficiarios o sus representantes en algunos aspectos del diseño y de la ejecución de un proyecto, y pueden reivindicar un compromiso con los intereses de los involucrados. La

participación tiene otras ventajas para la gestión de un proyecto. Incluso, un involucramiento mínimo de la comunidad puede reducir costos para los donantes, contribuyendo a la efectividad y recuperación de los costos “compartidos”, y a una sostenibilidad de largo plazo (Oakley et al. 1991). Los impactos sobre el *empoderamiento* popular es menos claro (Rahnema 1992), y, dado su peso moral, todavía más difícil de evaluar. Más importante aun, los supuestos que definen el concepto de desarrollo participativo en la tradición del imperativo moral, cuya base de sustentación es la causalidad implícita entre participación y empoderamiento, tiene todavía que ser críticamente examinada (Richards 1995: 16). Esto es en gran medida porque la participación es moralmente atractiva y políticamente aceptable para los funcionarios del desarrollo y para los intelectuales que desean un mundo mejor.

Además, una versión crítica del concepto, y los supuestos en los que descansa, parecería generar unas interrogantes incómodas acerca de la existencia del desarrollo como una profesión y como un proceso de intervenciones técnico-sociales. Es decir, o los pobres son capaces ellos mismos de transformar su propia conciencia y de llevar adelante su proceso de empoderamiento para lograr el desarrollo, como la ideología de la participación lo asume, o, por el contrario no lo son, y deben depender de las intervenciones de “agentes de cambio” profesionales como facilitadores externos de este proceso (Goulet 1989). Esta paradoja en el corazón mismo de la retórica de la participación, da cuenta de una negación acerca de la capacidad de los pobres de ser la agencia con la capacidad de realizar un cambio social por ellos mismos y en sus propios términos (Rahnema 1992:122). Como el “desarrollo genuino” lo señala solamente en cierto tipo de transformaciones, generalmente aquellos tipos mediados por las organizaciones que trabajan dentro de la tradición del imperativo moral, la agencia puede ser lograda a través de estructuras importadas de participación.

III

El hecho que los “pobres” deban, en última instancia, depender de agentes externos en su lucha por el *empoderamiento*, descansa en una particular construcción tautológica de la relación entre conocimiento y agencia, la cual separada del estudio empírico y de la teoría social, ha evolucionado en gran medida dentro de los confines del dominio del desarrollo altamente sospechosa de la discusión académica y de lo que se consideran investigaciones irrelevantes (Bebbington 1994:202). Considerando que los modelos de desarrollo derivados de los paradigmas de la economía neoclásica atribuyen la agencia al individuo como actor racional, por ejemplo maximizando las actitudes empresariales de los productores rurales, el modelo de desarrollo desde el enfoque del imperativo moral atribuye la agencia a comunidades de personas pobres que, se asume nostálgicamente, viven encerrados en cadenas de parentesco totalizantes y en la solidaridad mecánica de las “tradicionales” sociedades campesinas. A pesar de

tener posiciones políticas divergentes, los dos enfoques comparten una comprensión de la agencia notablemente similar, *comprensión de la agencia* (Booth 1994:13). Los agentes activos son agentes con conocimiento, *empoderados* por medio de su racionalidad para convertirse en actores sociales efectivos (Arce et al., 1994:156). Como agencia colectiva es crucial para el desarrollo comunitario; en tal sentido, las intervenciones participativas están principalmente preocupadas por la construcción de un conocimiento correcto como una precondition para su logro. Desde la perspectiva del desarrollo participativo, en vista que “los pobres” beneficiarios directos del proyecto ocupan una área geográfica específica en donde el proyecto se lleva a cabo, se asume que su conocimiento es “local”. Paradójicamente, los “pobres” necesitan agentes de cambio para lograr el desarrollo ya que se ven obligados a esta asistencia debido al tipo “especial” de conocimiento que contiene las semillas de su empoderamiento.

Inicialmente concebida como un correctivo a las intervenciones técnicas de los expertos en gestión que privilegian los discursos científicos de Occidente, marginando de esta manera las experiencias de los procesos locales, el concepto de conocimiento local está intrínsecamente relacionado con la historia de los enfoques participativos del desarrollo. Los primeros investigadores y publicistas se plantearon demostrar que, no solamente los pobres eran conocedores, sino que sus estrategias de producción agrícola era con frecuencia óptimas para su ambiente ecológico y económico. La expansión de los enfoques “Los Agricultores Primero y la Agricultura Indígena/Conocimiento Técnico” (conocidos por sus siglas en inglés IAK/ITK) durante los años ochenta, estableció una ruta en los replanteamientos sobre el desequilibrio existente en las estrategias de desarrollo. Desafortunadamente, hubo una debilidad. La búsqueda de sistemas resultó en el enfrentamiento de la información con conocimiento y la competencia técnica con motivaciones sociales (Richards 1993:62). Al igual que el paradigma del agricultor ignorante que estos enfoques condenaron, la factibilidad del IAK como técnica analítica dependió de una representación similar, en esta ocasión de su “alter ego”, el agricultor conocedor, dispuesto a experimentar, pero cuyas prácticas estaban firmemente enraizadas en su “tradicional”, y por lo tanto sólida, cultura local y en su conocimiento ecológico (Fairhead 1993: 187).

El concepto de conocimiento local fue gradualmente expandiéndose hasta intentar abarcar otra clase de conocimientos, lo cual, se pensó, podría formar la base de un conocimiento capaz de generar el empoderamiento comunitario y la transformación social. “El conocimiento local que es único para una cultura o sociedad particular” era el asidero para constituir un “recurso crítico para el desarrollo, porque éste “constituye la información de base de una sociedad, lo cual facilita la comunicación y la toma de decisiones” (Warren et al. 1995: xiv). De la misma manera que el conocimiento agrícola local podría extraerse a través de técnicas especializadas como la Valoración Rural Rápida (VRR), el conocimiento local en general podría ser obtenido a través de las metodologías

participativas, formando la base para el diseño y ejecución de proyectos, lo cual se sostuvo, podría ser apropiado localmente, así como también ser sostenible (Chambers 1983). Durante los últimos quince años un complejo híbrido de enfoques, derivados de las técnicas asociadas con la VRR de los agrónomos del desarrollo por un lado, y la Investigación Acción de los activistas influenciados por las ideas de Paulo Freire por el otro, ha evolucionado, inicialmente a la Valoración de la Participación Rural (VPR) y recientemente en el Aprendizaje Participativo y Acción (APA).

La expansión rápida del desarrollo participativo ha resultado en el establecimiento de una gama de prácticas autorizadas para su implementación junto con un grupo de técnicos profesionales que las promocionan (Richards 1995). Asumiendo con autoridad la premisa que los "pobres" ya saben cuáles son sus problemas y que además tienen un conocimiento mejor de su realidad que los "expertos" de fuera, las técnicas participativas procuran tener acceso y consolidar un dominio del conocimiento "local" como fundamento de un tipo de reflexión crítica que pueda llevar a la acción social. La investigación ya no es concebida como el proceso que intenta acortar la distancia entre sujeto y objeto, sino como un proceso de aprendizaje e interacción mutuo (Nelson y Wright 1995: 58). La evaluación participativa ha sido suplantada por el aprendizaje participativo y por la investigación vinculada a proyectos, la cual es llevada a cabo por facilitadores con la colaboración de los mismos "pobres". Las técnicas del APA focalizan poblados o grupo de personas en la misma área administrativa, así de esa manera se los constituyen en comunidades, y trabajan para construir una representación de sus problemas inmediatos, de la economía y de la organización social. Cada una de las técnicas empleadas (por ejemplo, calendarios estacionales y clasificación de riquezas) asumen que las obligaciones sociales y los sistemas agrícolas operan en un área restringida, que las comunidades son orientadas hacia lo local, y éstas no se dan cuenta que la diversidad en las estrategias de las formas de vida de las gentes no son una simple reflexión de una diferenciación en la riqueza (Mosse et al., 1995). Estas técnicas se centran en el papel de los facilitadores, en la construcción de dominios restringidos de un conocimiento local que sea relevante para la implementación de los proyectos y en la perpetuación de estrategias de desarrollo rural centradas en proyectos y en poblaciones previamente focalizadas.

Si bien la perspectiva política radical de la investigación-acción inspirada en los trabajos de Freire pudo haber proporcionado la legitimación inicial a las metodologías participativas, la transición "desigual" de la VRR a la VPR significa que, en la práctica, el desarrollo participativo tiende a despolitizarse, y se convierta en otra intervención técnica de la ingeniería social.⁴ Además, no existe evidencia concreta que indique con certeza que las metodologías participativas llevan realmente al empoderamiento. Como Richards lo señala, en relación a la VPR, no solamente sus supuestos teóricos son inverosímiles y sin una base

sólida, sino que “sus afirmaciones desacansan más en la fé que en la ciencia” (1995: 15-16). Al igual que el mismo desarrollo comunitario cuando es confinado a un contexto de proyectos localizados, el empoderamiento a través de la participación es una fantasía divorciada de la acción política del cambio; en tal sentido, la comunidad local es imaginada —románticamente— como una masa homogénea de gente pobre con una tendencia inherente a la acción colectiva (Eyben y Landbury 1995: 194).

IV

Incluso cuando es liberado del peso del *empoderamiento*, el concepto que sobre el conocimiento tiene la ideología del desarrollo local, percibido como un tipo distinto de conocimiento y que es potencialmente accesible via técnicas especializadas, se mantiene problemático. Denota una versión rígida y sistematizada del conocimiento, abstraído de los agentes individuales, lo cual le impide reconocer las determinaciones históricas de su evolución (Agrawal 1995: 421), y fija exclusivamente su atención en el presente del proyecto. Al centrarse en lo “local” como una entidad limitada en tiempo y espacio, el “conocimiento” de la gente “local” se presume que no es únicamente derivado de su ambiente, sino que es relevante para una localidad específica. Las técnicas del desarrollo que intentan acceder al conocimiento “local” enfatizan y crean límites rígidos entre lo que es “local” y relevante para el proyecto, y lo que se asume que no es local y por lo tanto irrelevante para el proyecto. Un concepto más generalizado de conocimiento local, derivado de la antropología, es igualmente estrecho. En este caso, se construye el conocimiento local como un conocimiento cultural restringido, cuyo portador son los residentes de localidades específicas que comparten una afiliación cultural. Este conocimiento es a menudo considerado de mayor relevancia que el conocimiento técnico “occidental”, así como estar más cercano a lo auténtico y “tradicional”. Podría afirmarse, desde la perspectiva del conocimiento antropológico, que los proyectos fracasan porque no toman en cuenta el conocimiento local.

Tanto las construcciones de la ideología del desarrollo como las del conocimiento antropológico sobre el “conocimiento local”, descansan en una concepción de las comunidades locales como entes colectivistas y productoras de “conocimiento”. Al formular una oposición entre conocimiento “occidental” y local enfrentan los objetivos básicos del proyecto y las estrategias técnicas con un tipo especial de conocimiento. En realidad, lo que la gente en cualquier región “conoce”, generalmente, incluye una gran cantidad del llamado conocimiento científico “occidental” y otros conocimientos, así como diversas estrategias locales que están relacionadas con su ambiente agrícola, cultural, económico y social (Agrawal 1995). Estos dos tipos de conocimiento no son separables ni discretos, sino que forman parte de los recursos del conocimiento total de una

persona en un tiempo dado. Asimismo, cierta clase de conocimientos puede ser articulado solo en contextos sociales específicos.

En múltiples comunidades rurales, la persona "local" que vive en un área la mayor parte de su vida es probable que tenga nexos sociales que se extiendan a través de localidades y regiones, justamente de la misma manera que él o ella probablemente haya desarrollado estrategias de ingreso que van más allá de su localidad. En contraste a las representaciones de los "sistemas" de conocimiento local creados por medio de las metodologías participativas, lo que la gente de una localidad conoce ni es específicamente local ni es uniformemente mantenido. De igual manera, las limitaciones que la gente enfrenta para lograr mejores condiciones de vida no se circunscriben a las localidades particulares o la intervención de los proyectos. Esto tiene serias implicaciones para la efectividad de las estrategias de desarrollo que persiguen utilizar las nociones de empoderamiento comunitario a través de el conocimiento local como la base y justificación de intervenciones localizadas. Dada la "capacidad de un contexto desfavorable para disipar los beneficios de los esfuerzos locales" (Booth 1994: 6), las técnicas que tienen como objetivo acceder al conocimiento "local" como la clave para los problemas y soluciones del desarrollo, en contextos locales, pueden prescindir del punto en su totalidad. En la actualidad es ampliamente aceptado que las macro-políticas y las variables políticas ejerzan "una influencia crítica en los procesos de desarrollo, contabilizando los diferentes resultados en escenarios socioeconómicos similares" (Booth 1994: 8). La construcción del conocimiento local y la participación local como estrategias claves para empoderar a las comunidades locales, establece como prioridad la "ignorancia política", ubicando los problemas del desarrollo y sus soluciones. Estos se convierten en convenientemente susceptibles a la clase de intervenciones en proyectos locales que son fácilmente controlables y políticamente convenientes.

La ignorancia política también hace posible la construcción de imágenes de comunidades que pueden, y podrán, actuar colectivamente. Esta clase de afirmaciones derivadas de una interpretación equivocada de los aspectos básicos de la teoría sociológica y de una antropología pasada de moda, no tienen ningún fundamento. En diferentes partes del mundo periférico, mientras la acción colectiva es una posibilidad, ésta —comunmente— se lleva a cabo en un contexto donde participan diferentes comunidades a través de organizaciones que trascienden límites geográficos locales. La expresión concreta de estas organizaciones son, por ejemplo, cooperativas, movimientos políticos, y organizaciones religiosas. La prioridad de lo local y micro sobre lo meso y lo macro efectivamente oscurece y considera irrelevante el contexto en el cual la gente de las áreas rurales se encuentra, un contexto en gran medida determinado por la articulación de macro-políticas y niveles meso-institucionales en los que las comunidades rurales son actores (Bebbington 1994, Booth 1994). El contexto micro de los estudios del desarrollo y cierto tipo de prácticas antropológicas lo definen en

realidad como una categoría analítica. No es una descripción de la realidad social. La interacción de los diferentes niveles institucionales no es ni de arriba hacia abajo ni de abajo hacia arriba, sino que puede ir en cualquier dirección, dependiendo de las circunstancias. Que éstos con frecuencia sean amontonados contra el peldaño más bajo, no es debido a una inherente causalidad de lo macro sobre lo micro, sino de los intereses y lealtades de agentes sociales específicos que operan a niveles intermedios. La comprensión de la verdadera dinámica de la interacción entre niveles requiere considerar más que una simple noción de vinculación entre lo micro y lo macro, lo cual continúa privilegiando lo local y lo micro. Al mismo tiempo que se insinúa una rígida separación de lo que de hecho son aspectos de una realidad compleja y multifacética (Booth 1994: 18).

V

En una situación donde la operatividad de las barreras institucionales y económicas extra-locales define que la agencia individual es insuficiente para lograr el “desarrollo” (Bebbington 1994: 210-12), las intervenciones en proyectos y el acceso a la asistencia material de la cual es parte se convierten en los medios críticos para superar los obstáculos extra-locales. Así, el camino correcto para lograr el desarrollo —de la manera en que es definido por los actores locales— contribuye a reproducir el mito que justifica las intervenciones como el medio más idóneo para solventar los problemas e impactando la apropiación de la agencia por las organizaciones del desarrollo. Las aspiraciones para lograr el desarrollo personal no son ni obstaculizadas ni facilitadas por el conocimiento “local”. La capacidad de una persona de ser agencia depende de reglas y recursos económicos y políticos y no solamente de su acceso al conocimiento (Bebbington 1994: 210-12). En cualquier caso, el conocimiento no es una categoría abstracta de recursos que automáticamente empodera a la persona que tiene acceso al mismo. La utilidad del conocimiento es limitado por las actividades que llevan a cabo las instituciones sociales y que hacen accesible o inutilizable cierta clase de informaciones.

En la mayoría de las comunidades locales de la periferia, la gente se encuentra en condiciones desfavorables por la falta de *información* con respecto a los precios, oportunidades de mercado, marco legal y a sus derechos como ciudadanos, estos últimos que le garantizan su participación en las instituciones políticas. La incertidumbre acerca de los derechos de representación, el poder relativo de los representantes electos y la falta de una representación efectiva conspiran para mantener a la gente encadenada a un sistema que los explota, creando efectivamente las condiciones bajo las cuales lo macro y lo meso determinan el universo de lo micro. La situación por la que atraviesan las comunidades rurales pobres se ha tornado más complicada por la institucionalidad neoliberal; es decir, por la implementación de políticas de ajuste macroeconómico que han contribuido a un crecimiento desequilibrado y que han generado políticas contradic-

torias a nivel local y regional. No es ninguna sorpresa, entonces, que los agentes rurales le presten poca atención a la participación comunitaria y que continúen dándole prioridad a la asistencia material generada por las intervenciones asociadas con los proyectos, constituyéndose ésta como un medio para lograr lo que los agentes externos definen como el resultado ideal de los objetivos perseguidos.

A pesar del hecho que las intervenciones fracasan al no integrar en sus escenarios el amplio contexto del subdesarrollo, las mismas proporcionan una oportunidad para que una minoría pueda alcanzar el desarrollo personal en sus propios términos. El resultado es la perpetuación de la dependencia y la consolidación de la desigualdad; en otras palabras, se logra el empoderamiento material de algunos y no el empoderamiento genuino de la gran mayoría. Esta situación no es inevitable. El desarrollo participativo y el empoderamiento de las comunidades rurales es una posibilidad, pero su realización depende del reconocimiento que el empoderamiento solo puede ocurrir a través de la participación en las estructuras de toma de decisiones en un contexto político amplio. Asumir el empoderamiento al nivel de la conciencia y reproducir la fetichización del conocimiento local asigna a las comunidades locales el estatus de clientes y por lo tanto de ser dependientes pasivos de las intervenciones del desarrollo. En la medida que las prácticas del desarrollo ignoren los ambientes macroeconómicos y las estructuras políticas que los crean, los pobres en muchas regiones continuarán dependiendo de la asistencia de los organismos del desarrollo y su proceso de empoderamiento real se verá truncado.

NOTAS

1. Como Goulet lo señala, dicha participación es políticamente amenazante para muchos gobiernos y podría no ser tolerada en un nivel macro, si bien podría ser estimulada en contextos micros (Goulet 1989).
2. Para un tener una visión coherente de cómo este proceso se percibe, ver los argumentos de Friedman, quién, a pesar de reconocer la importancia del contexto político general para avanzar hacia el “desarrollo” por medio del empoderamiento, asume que el empoderamiento social, local y psicológico lógicamente precede a la consolidación de “la capacidad política del campesino” (1992; 33-6).
3. Estas representaciones siempre son construidas desde una posición patriarcal, ya que se asume que los agricultores son hombres y que las mujeres, como trabajadoras agrícolas, tienen muy poco que aportar en el proceso de toma de decisiones.
4. Como Mosse et al. (1995) lo indican, se suponía que los dos enfoques eran incompatibles debido a que fueron diseñados para diferentes fines; la VRR para una obtención rápida de la información agrícola y la investigación-acción para la concientización.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agrawal, A. (1995) “Dismantling the Divide between the Indigenous and Scientific Knowledge”, *Development and Change* 26: 413-39.

- Arce, A., M. Villarreal y P. de Vries (1994) "The Social Construction of Rural Development", en D. Booth (ed). *Rethinking Social Development: Theory, Research and Practice*, 152-71. Harlow: Longman.
- Bebbington, A. (1994) "Theory and Relevance en Indigenous Agriculture: Knowledge, Agency and Organization", en D. Booth (ed.) *Rethinking Social Development: Theory, Research and Practice*, 202-25: Harlow: Longman.
- Booth, D. (1994) "Rethinking Social Development: An Overview", en D. Booth (ed.) *Rethinking Social Development: Theory, Research and Practice*, 3-34. Harlow: Longman.
- Chambers, R. (1983) *Rural Development: Putting the Last First*. Londres: Longman.
- Edwards, M. (1994) "Rethinking Social Development: The Search for 'Relevance'", en D. Booth (ed.) *Rethinking Social Development: Theory, Research and Practice*, 279-97. Harlow: Longman.
- Edwards, M. y D. Hume. (eds) (1996) *Beyond the Magic Bullet? NGO Performance and Accountability in Post-Cold World*. West Hartford, CT: Kumarian.
- Eyben, R. y S. Ladbury (1995) "Popular Participation in Aid-Assisted Projects: Why More in Theory and Practice?", en N. Nelson y S. Wright (eds.) *Power and Participatory Development*, 192-200. Londres: Intermediate Technology Publications.
- Fairhead, J. (1993) "Representing Knowledge: The 'New Farmer' in Research Fashions", en J. Pottier (ed.) *Practising Development: Social Science Perspectives*, 186-204. Londres: Routledge.
- Fiedman, J. (1992) *Empowerment: The Politics of Alternative Development*. Oxford: Clarendon.
- Goulet, D. (1989) "Participation in Development: New Avenues", *World Development* 17 (2): 165-78.
- Long, N. y A. Long (eds). (1992) *Battlefields of Knowledge: The Interlocking of Theory and practice in Social Research and Development*. Londres: Routledge.
- Mosse, D. (1994) "Authority, Gender and Knowledge: Theoretical Reflections on the Practice of Participatory Rural Appraisal", *Development and Change* 25: 497-526.
- Narayan, D. y L. Srinivasan (1994) *Participatory Development Tool Kit: Materials to Facilitate Community Empowerment*, Washington, DC: World Bank.
- Nelson, N. y S. Wright (1995) "Participatory Research and Participatory Observation: Two Incompatible Approaches", en N. Nelson y S. Wright (eds) *Power and Participatory Development*, 43-59. Londres: Intermediate Technology Publications.
- Oakley, P. et.al. (1991) *Projects with People: The Practice of Participation in Rural Development*. Ginebra: International Labour Office.
- Rahnema, M. (1992) "Participation", en W. Sachs (ed.) *the Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, 116-31. Londres: Zed .
- Richards, P. (1993) "Cultivation: Knowledge or Performance?", en M. Hobart (ed.) *An Anthropological Critique of development: The Growth of Ignorance*, 60-78. Londres: Routledge.
- _____ (1995) "Participatory Rural Appraisal: A Quick Dirty Critique", *PLA Notes* 24 (Octubre): 13-16.
- Warren, D., L. Slikerveer y D. Brokensha (1995) "Introduction", en D. Warren, L. Slikerveer y D. Brokensha (eds.) *The Cultural Dimension of Development: Indigenous Knowledge Systems*. Londres: Intermediate Technology Publications.